

Encuentro de profesores cristianos

El Campello, 28 de mayo de 2005

Amigos profesores cristianos:

Os hago llegar mis palabras llenas de amistad, de reconocimiento de vuestro trabajo y testimonio en tantas escuelas e institutos. Día a día renováis el envío y el compromiso. Y sois cientos los que sabéis que con vosotros entra Jesús en la escuela. Jesús va a la escuela. Está en la escuela. Os lo agradezco sinceramente y os expreso mi aliento y admiración.

El encuentro con vosotros es al final de curso, como si vinierais a traerme las gavillas de vuestro esfuerzo misionero a lo largo de los meses del año. Muchos de vosotros participasteis en la Misa del envío, y escuchasteis que el Señor, por mi voz, os mandaba a la escuela, a ser sus testigos en ese lugar privilegiado para la evangelización.

Digo privilegiado, porque os esperan niños y adolescentes, aprendices de conocimientos, pero también de valores y virtudes, de actitudes, de resortes y razones para la vida. Y es privilegiado, porque hacéis ver que vuestro testimonio cristiano se encarna en la cultura, en el estudio, en las distintas materias del saber humano. Un testimonio que alcanza a vuestros compañeros de claustro, a las familias de los alumnos y que, a veces, se alarga más allá de las horas escolares y se fija con especial atención en los alumnos más necesitados, más débiles, los inmigrantes, los desprotegidos. Así lo habéis subrayado especialmente este año, siguiendo el Plan Diocesano de Pastoral.

Para esto era el envío. Era deciros y recordaros que vosotros sois *“la Iglesia”* en el Instituto, en la Escuela, en el Colegio. Con vosotros, como os decía, entra Jesús cada vez que pasáis el umbral de vuestra clase. En algunas aulas puede que no haya ningún signo religioso. Tened la certeza de que vosotros sois la mejor *“imagen”* e icono de Jesús. El Señor con vosotros y en vosotros está en la escuela.

Este encuentro, al final del curso, me recuerda el reencuentro de los apóstoles con Jesús, cuando volvían de la misión primera. Le contaban al Señor lo que habían hecho y lo que habían enseñando. Querría también yo escuchar, por eso, vuestros testimonios, los momentos felices, y los momentos dolorosos.

Son muchos los frutos buenos de vuestro esfuerzo. Habéis sembrado con esperanza y constancia. Habéis sembrado con vuestro testimonio, con vuestra responsabilidad, con vuestro trabajo riguroso, con vuestro servicio. Se os pedía sembrar. Y lo habéis hecho.

Pero debo recoger también la confianza de vuestro dolor. Hoy es duro ser profesor y educador. Muchas veces puede costaros emprender el camino de la escuela. Amáis a los alumnos y sentís, a veces, el rechazo. Los apoyos de la familia no siempre los tenéis. Se os enfrenta un ambiente, que demuele. Vosotros sufrís, como pocos, el impacto de ese ambiente que suprime el esfuerzo, que carga de derechos, de agresividad, de amenaza.

A todo esto se añade la indiferencia o la crítica a lo que suena a “*cristiano*”, y cristianos creyentes sois vosotros.

No sé si exagero. Pero desearía escucharos y quiero valorar vuestro esfuerzo, e invitaros a permanecer. Por varias razones

En primer lugar, os recuerdo que muchas veces hemos hecho alusión a la carta a Diogneto, del s.II. En ella se recuerda, con una bella imagen, que “como el alma en el cuerpo, así son los cristianos en el mundo”. Y es tarea de la que no se puede desertar.

Por otra parte, el capítulo de las dificultades, con la fe, la esperanza y el amor, con el Espíritu Santo, con Jesús, se convierte en lugar necesario y extraordinario para el coraje, para la creatividad, para una mayor presencia. También para experimentar que la cruz genera vida y que es tiempo de gracia y de Jesús. Tal vez es ésta la escuela nueva.

En tercer lugar, hemos recordado con frecuencia en días pasados las palabras alentadoras del recordado Papa Juan Pablo II: “¡No tengáis miedo!” Eran y son palabras de Jesús resucitado. Hoy las escuchamos, conscientes de nuestra debilidad, de nuestra inferioridad. También de nuestra pobreza. Como recordamos que poseemos el “Nombre de Jesús”. Nombre que salva, que nos salva.

Para permanecer hay una razón muy poderosa, de las más poderosas. Son los niños. Están en el centro del corazón y del interés del educador cristiano. Los niños de hoy poseedores de casi todo, pero carentes muchas veces de motivaciones y de esfuerzo. Por eso, necesitados del educador, del educador cristiano.

Os digo igualmente que otra fuerza, también teológica, poseéis y poseemos y es la comunión, la unión. El encuentro la expresa en direcciones necesarias, como es la comunión con el Obispo, y, por ello con la Diócesis. “Nada sin el Obispo”, recordaba otro testimonio antiguo, como era el de S. Ignacio de Antioquia.

Esto es afirmar “nada sin la Iglesia Diocesana”. Y es motivo de esperanza ver trabado y engarzado vuestro trabajo y vuestros programas en el proyecto diocesano. Sois la Iglesia en la escuela, os decía. La hacéis patente por vuestra vocación laical, por vuestra vocación de educadores.

Otra dirección de vuestra comunión es entre vosotros y con vosotros. El año pasado erais más de seiscientos. Fue hermoso y no erais todos. El curso ha sido extraordinario en iniciativas, que han sido posibles también gracias a vuestra unión. Y pienso que ha prestado buenos frutos el Departamento de Educadores Cristianos, que en el Santo Ángel presentasteis a vuestros compañeros. Erais y sois conscientes de que la situación actual de la escuela y su entorno reclama vuestra presencia y es llamada de Dios, que manifiesta su preocupación e interés por los niños y adolescente, que os necesitan. Aquel “macedonio” se le apareció en sueños a Pablo y le dijo: “Pasa a Europa y sálvanos”. Ahora sois muchos los que estáis oyendo la voz de la escuela. Y vuestra respuesta es una presencia comunitaria, asociada, esperanzada, constructiva, de servicio sincero.

Por último, apoya y estimula vuestra energía la claridad de la misión. Maestros cristianos en la escuela. Educador cristiano. Un nombre y un adjetivo que os identifica por la fe en Jesús y por la misión.

Me viene a la memoria la escena de David y Goliat. Se repite en la historia de la Iglesia. Sin más armas que la esperanza, la fe y el amor, la fidelidad a vuestra vocación, con vuestra capacidad de aguante, con la visión clara de vuestro servicio, de ser servidores.

Magisterio es palabra que en su etimología lleva “magis”, que es “más”, el ser superior. Y de Cristo hemos aprendido que es un “ministerio”, palabra que habla de “menos”. Es el modo con que Cristo ejerció su magisterio; lo dijo Él: sirviendo. Así os veo.

Muchas gracias a todos. A la Delegación, a José María y a todo el equipo del Departamento de Educadores Cristianos. Deseo también que podáis descansar.

Hoy, sábado, nos reunimos en esta casa de S. Juan Bosco, un hombre creyente, apasionado por la educación de los niños, los adolescentes de la calle y los desprotegidos. Su espíritu ha llegado a Alicante con abundancia. La fuerza permanente, que le acompañó, fue una Mujer; él la llamaba Auxiliadora. María Auxiliadora. Aquí, en este ambiente de educadores cristianos, me queda dejaros junto a Santa María, sede de la Sabiduría.

28, mayo, 2005